



# ESTILO DE MADRID

Lo que más tiene Madrid es estilo—descuidado estilo—, estilo para pasear y para vivir, estilo para perfilarse arquitectónicamente y estilo para embozarse en la capa.

Pone en su estilo todo lo que toca, lo que dice o lo que escribe. Así un acierto de su estilo es llamar *El Céforo* a un *dancing* de ver-bena.

Como tiene esa cosa expansiva, intringulada que se llama estilo, meten entre sus viejas casas un gran edificio y en seguida confraterniza con sus compañeras y adopta su mismo estilo sencillo y noble.

Todas las edificaciones navegan en seco, con un rumbo por el estilo y si se le observa,

desde las alturas, se verá que cada grupo de edificaciones forman un gran transatlántico que no porque no sea traslaticio deja de tener la unidad entre pasaje y tripulación que caracteriza a los grandes barcos.

En mi último repaso de Madrid comprobé que está unificado en él el pasado y el presente, indeteriorado, cabal, permitiendo idéntica vida, pudiendo el hidalgo pasearse por sus mismas sendas, tomando posesión de la ciudad que más se entrega al paseante, un Madrid más Madrid que cuando yo nací, pues estuvo hecho, desde el principio, con un molde grande, de acuerdo con el ideal clásico-moderno de gran ciudad.

Rico en significado para todos los días, y no sólo para el turista, sino para sus habitantes perpetuos, es fundamentalmente una ciudad anterior a los fenicios y la cruz que le señala en los mapas no se puede olvidar que fué el centro del mundo y que lo sigue siendo porque conserva en el pozal de sus calles el recuerdo de lo que fué.

Frente a París, Londres, Roma o Berlín, en Madrid se sabe qué respuesta fué España enfrentada con el universo y qué significó su alta laguna de soles y lunas reveladas.

Es el único sitio que tiene la preeminencia de saber bien qué es un francés o un inglés, y por eso su misión es romper la hipócrita diplomacia del mundo.

Armoniza todo en él y por eso se puede uno dedicar a ese ritmo anchuroso que permite versificar los paseos, bajar de San Francisco el Grande, al derrumbadero del río, trasladarse de la Castellana a la Plaza de Oriente, estar en el Museo del Prado, irse después a Puerta de Hierro y acabar en la Puerta del Sol o en el Pacífico.

El cronista se renueva gracias a esta gran variedad hermanada de Madrid y su crónica es siempre diferente.

Madrid es la sonrisa de una boca como montada con su bigote al aire y así como en otras ciudades—desde Milán a París—hay una ambición colectiva, Madrid es el desinterés supino.

Todo él se vuelve símbolo de otra cosa y así al Arco de Alcalá—esa especie de percha de cascos guerreros y corazas—es por donde enhebra su hilo blanco y oro el alba y el molde de budín al que aflora el ascensor del «Metro», en la Red de San Luis, es como el panteón de don Juan y doña Inés.

La sombra de su grandeza no está desvanecida y bastará una sola calle, y no de las más famosas, como la calle del Pez, para señalar que de ella salió la aristocracia que se afincó en el Perú, abandonando sus cómodos y bien atemperados palacios para elevar allí lejos el sol que rastrea en la parrilla de sus blasones bajo consumidas cenizas.

Todo está redivivo, viviendo otra vez en el Madrid de hoy, y por eso tiene tanta importancia en el día de todos los Santos, vértice en que girandulean los vivos y los muertos, compartiendo los mismos buñuelos de viento y los mismos huesos de santo.

Es contraproducente, muchas veces, ir a buscar la anécdota en su rincón, pues todo

**MADRID ES LA CIUDAD QUE MÁS SE ENTREGA AL PASEANTE. TODO ESTÁ REDIVIVO. VIVIENDO OTRA VEZ EN EL MADRID DE HOY**



está esparcido por todos los portales, otra vez como cuando se la encontró por primera vez anidada en uno de ellos.

Madrid es una ciudad teatral—estreno todos los días—y multitud de dramaturgos se pasan las noches de claro en claro, dedicados a que un enredo demasiado antiguo se vuelva moderno y que las marquesas del drama no sean de título vigente:

—¿Miraflores?

—Lo hay.

—¿Pie de Concha?

—Lo hay.

—¿Almazán?

—Lo hay.

Terrible conflicto de los comediógrafos que lo resuelven cambiando concha por nácar y miraflores por mira el río.

Todos, bolsistas que nunca estuvieron en la bolsa ni como zurupetos ni como contumaces y sólo saben que el último sol está en la escalinata de la Bolsa—peluquería del pobre—en que se celebra el cierre del valor oro de la soleación final del día.

Madrid es pasar por la Puerta del Sol, como si allí estuviese la pila de agua bendita para la persignación de cada día—por eso se insiste en dotarla de fuentes centrales—y allí, en sus orillas, ver su silueta y asomarse a su ruedo donde siempre hay como una corrida en que tomamos parte todos como ciudadanos toreros, pasándola a cuerpo limpio—calva como las grandes plazas de toros—y ahora con menos burladeros que nunca.

Después de ese pasar por la Puerta del Sol se puede ir a cualquier lado, a gozar la por-

venirista Gran Vía o a recapacitar a la Plaza de Oriente, donde basta subir al estrado de su estatua central para que se hagan presentes todos los recuerdos del madrileño nato.

Madrid es la improvisación y la tenacidad; el ser turista del propio sitio en que nacimos y ser al mismo tiempo su viejo vecino, es estar en una cola o pasear viendo a los que la forman y saber que están disfrutando la espera del ómnibus o de lo que sea; es ir en la plataforma de un tranvía y que al mirar a un señor raro éste no se ofenda por la mirada fija, sino que canturree: «Caballero de Gracia me llaman!»; es que le llegue pescado por sus cuatro costados, pescado de los dieciocho mares que rodean a España y todo el mundo tenga derecho a ese conejo del mar que es el besugo y desdeñe las ostras como algo cursi, hijo del rococó franchute; es que un americano que habla español se sienta sobriño de Lope de Vega; es que su santo, San Isidro, sea un santo de posada, no un santo de catacumba; es que al ir por el Paseo del Prado sintamos que vamos por los paisajes de los cuadros de Museo, y al ir por el Retiro creamos que nos paseamos por las selvas de América, etc., etc.

Madrid, esparcido en Bancos—suntualiza así todos los edificios de esquina—, no tiene su calle o su barrio bancario, sino que parece pretender tener un Banco o una casa de seguros en cada calle.

Su pobreza—¿pobreza?—es rica en Bancos, en aseguraciones vitalicias y va depositando ilusiones en las cajas de caudales que le salen al paso.

El transeúnte se siente inmueblizado, indeciso entre la arquitectura monstruosa y rascacielos y la arquitectura sencilla, rica, en balcones de regular altura.

La imaginación del hombre que callejea encuentra en el ambiente madrileño pábulo para grandes concepciones, y si pudiese pintar lo que ve revelaría una ciudad fantasmagórica, siendo por eso que en medio siglo de tener una Gran Vía verdadera las decoraciones de la zarzuela titulada *La Gran Vía* vieron ya su panorama de gran ciudad de Exposición Universal mil novecientos cincuenta.

Este espejismo de Madrid, sobre su propio crecimiento y suntuosidad, es uno de los fenómenos más prodigiosos de la Corte, su transformación en apoteosis, su superposición de edificios como los palacios que algún emperador romano escalonó en la isla de sus vacaciones.

Así no se puede decir—no sería justo—que Madrid vive de su pasado, ya que va tan allá que vive de su porvenir y lo realiza en su presente porque para él, no sólo la vida, sino la ciudad es sueño y los sueños pueden tener toda la magnificencia que quieren.

Así como detrás del Hospital General existe realmente la calle del Niño Perdido, entre la de Atocha y la de las Huertas existe inexistente la calle del Niño Prodigio, donde el madrileño de doce años ve los alcázares que quiere.

¿Que existe la calle de los Desamparados? Pues en contraste con ella existe, ilusoriamente, pero con el mismo zumo de optimismo que si existiese, la calle de los Amparados.

¿Que existe, indubitablemente, la Cuesta de los Ciegos, como despeñadero burlón de las Vistillas? Pues por otro sitio, como fantasmagórica escala hacia el cielo, existe la Cuesta de los Videntes.

Si es un buen madrileño el que ciceronea al forastero—de eso depende todo—sabrás qué botón hay que tocar en tal pared, qué palabra de magia hay que decir en tal sitio, cómo hay que levantar el índice ante tal terraza o tal torre, cómo hay que señalar la veleta cacareante o cómo hay que decir ante la iglesia de Santa Cruz: «El castillo más alto de España», y así subirá en ascensor, con su guiado, al arco iris que hermosea todos los días—arco iris permanente—el cielo de Madrid.

Así es Madrid, que durante las horas claras ofrece calles anchas y soleadas que abren las ganas de comer y de vivir, que tiene una preciosa nocturnidad—se acaba de descubrir que a los nocturnos no les ataca la gripe—y por ella se pasean los que miran las estrellas y les hacen guardia con su milicia voluntaria.

El que pase en su descripción por algunas pinturas toscas no quiere decir más que tolerante bondad, pues Madrid es dosificación extrema para que no salga un cocidismo que no le representa.

Hay que pintarle por eso sin burdería, sino con ese filo de delicadeza y sonriencia que le caracteriza, siempre fino, por más que lo disimule con la chulería, por exceso de modestia, para hacerse el popular.

Es un altar para cuyo culto hay clavados caballeros que lo salvarán siempre.

